

El fin de mis viajes temporales

Trigo Nome Tría

La muerte de Julián fue un accidente. Nadie es culpable, aun cuando sienta que yo lo soy.

Es cierto que mis amigos dijeron que todo es mi culpa y que yo debía encargarme de que nada así sucediera.

Puedo contarles por qué ellos dijeron eso, pero sé que no me creerán. Aun así, necesito hablarlo para desahogarme.

Todo comenzó hace unos años. Después de conocer a Julián y salir varias veces con él, nos hicimos novios. Decidí decírselo a mis padres y salir del clóset. No fue fácil, pero fue liberador. Lo aceptaron, me aceptaron, me sentí feliz.

A los pocos días comencé a tener *déjà vis* que no parecían nada graves. Pero no tardé en preocuparme; busqué en internet y llegué a pensar que tenía una enfermedad mental. Tuvieron que pasar otros dos días para que descubriera lo que estaba pasando. Yo estaba viajando al pasado en el tiempo.

Pensé que me estaba volviendo loco. Pero era tan divertido que lo terminé aceptando. Pasaba algunas veces, después de algo agradable. Regresaba unos minutos y volvía a vivirlo. También llegó a pasar con situaciones incómodas, volvía unos minutos y podía evitarlas. Ocurría automáticamente, yo no tenía el control.

Empecé a desear que sucediera más seguido. Pronto comencé a tener algo de control. Después con más experiencia logré un dominio decente. Ya no ocurría súbitamente, sólo pasaba cuando yo quería.

Tampoco es que pudiera regresar mucho, lo más que logré fue unas cuantas horas, menos de un día. Aun así, lograba sacarle provecho.

Un día se lo conté a Julián. Como supondrán, no me creyó; lo tomó a broma. Pero luego de demasiadas coincidencias, que no lo eran, se convenció.

¡Mi pobre Julián! Un día lo mencionó en una reunión con nuestros amigos más cercanos. ¡Ojalá no lo hubiera hecho! Todos reaccionaron con risas y bromas. Nadie lo había creído. Julián me hizo hacer algunas demostraciones, adivinando cartas, un truco poco convincente. Entonces Sandra propuso que intentara evitar lo que haría. Se levantó y se dejó caer de espaldas. Volví atrás unos minutos y lo detuve. Todos quedaron sorprendidos y no sabían si creerlo o no. Creo que Sandra era la única convencida.

No me gustaba que tantas personas lo supieran, aunque en realidad, salvo algunas bromas o algún truco a petición, no hacía gran diferencia. Era una habilidad que sólo era útil para mí, los demás ni siquiera notaban cuando la usaba. Pero todo cambió un día, hace varios meses, que Sandra me pidió un favor. Estaba por cumplir treinta años. Para celebrarlo decidió que saltaría en paracaídas, pero faltando unos días había empezado a tener miedo. Entonces se acordó de mí. Yo podía ayudarle. Sólo debía acompañarla y esperarla a que bajara en paracaídas; si pasaba algún accidente, yo podría regresar y decirle que no era buena idea que subiera al avión. Un plan sencillo. Me dije, por qué no, y accedí a hacerlo. Todo pasó sin contratiempos. Un cumpleaños memorable para mi amiga.

En poco tiempo Sandra comentó mi favor a varios de nuestros amigos y poco a poco fueron llegando con peticiones similares. Rechacé todas las que pude. Después, en una reunión,

me lo echaron en cara, y para calmar a todos Julián hizo una propuesta. Que una vez por mes hiciéramos una salida de aventura, todos juntos. Estuvieron de acuerdo.

Comenzamos saltando todos en paracaídas. Fue divertido. Después fuimos a escalar en roca. Ahí ocurrió el primer accidente. Héctor se resbaló intentando subir un acantilado de unos diez metros de altura y se quebró varios huesos. Regresé antes de que comenzara a escalar y le dije que no era buena idea. Me hizo caso y todos regresamos a salvo. Aún así, no podía quitarme la imagen de Héctor sufriendo después de la caída. Incluso sucedió que la siguiente vez que lo vi le pregunté cómo seguía; me vio extrañado y se rió.

En las siguientes salidas decidí no participar y sólo acompañarlos. Ya no lo disfrutaba. Con el tiempo fueron pasando varios percances, no sólo heridas o lesiones, también vi morir a varios de mis amigos... El primero ocurrió cuando decidieron organizar una carrera en motocicletas. Fue horrible.

Esto me iba afectando, me comenzaba a sentir melancólico y preocupado cuando se acercaba la fecha de cada salida. Se lo comenté a Julián; me dijo que no me preocupara, que todos estaban bien y que nunca antes habíamos sido un grupo tan unido. Al parecer era el único que no lo disfrutaba. Decidí que la próxima vez sería la última. No la cancelé porque ya teníamos todo planeado y pagado.

Fuimos a hacer salto BASE, una gran forma de despedir nuestras salidas de aventura. Yo se los diría al finalizar el día. No quería arruinarles la diversión. Lamentablemente ocurrió el accidente por el que me están acusando. Durante el vuelo, Julián chocó con Gema y ambos perdieron por completo el control. Yo me enteré cuando los demás volvieron y me dijeron: —¡Julián y Gema chocaron! Ambos murieron. ¡Regresa! —Pero no pude pensar en nada y corrí a

verlo. Lo encontré en una camilla, cubierto por una sábana. Había mucha sangre. Me alcanzaron y me pidieron que regresara. Entre lágrimas lo intenté varias veces, pero no pude. Aún lo sigo intentando y sigo aquí. A pesar de que ha pasado más de un día y de que sé que ya no puedo salvarlo. Todos me exigían que regresara, que lo resolviera. No les importaba cómo me sentía ni que les dijera que lo estaba intentando y que no podía. Entonces llegaron ustedes a registrar el hecho y los vieron acosándome, diciéndome que lo ocurrido era mi culpa. Como si yo hubiera podido matar a Julián. Él era lo único que aún me agradaba de la vida.

¿Qué más quieren que les diga? No les puedo probar nada de lo que les he contado. Ya ni siquiera puedo volver algunos minutos y adivinar lo que van a decir o qué carta sacarán. Sólo quiero que me dejen ir a despedirme de él, y tratar de seguir con mi vida. Sintiéndome culpable. Sé que no pueden creerme, pero ¿por qué razón me juzgarán?

¿Ahora están considerando enviarme a un hospital psiquiátrico? ¿Eso de qué serviría? Yo sólo quiero que me dejen ir a despedirme...